

«Canarias, región polémica»

El «caso canario», la grave y singular problemática de las islas Canarias, es una de las realidades con que hay que contar para una comprensión debida de las líneas de fuerza que configurarán el futuro español. «Canarias, región polémica» (1) es una clara manifestación del momento político que vive Canarias en esta década de los setenta. El libro apareció en las librerías poco después de que la Comisión de Hacienda de las Cortes Españolas aprobara el proyecto de Ley de Régimen Económico-Fiscal para Canarias, y antes de que lo refrendara el Pleno de la Cámara Legislativa. Desde estas coordenadas temporales hay que situar



el libro para una valoración justa de sus aciertos y de sus errores.

Su autor es un abogado tinerfeño, Antonio Carballo Cotanda, que ha dedicado en los últimos años una atención constante a los problemas jurídicos, económicos y sociales de las islas. La obra obtuvo el primer premio de Investigación Económica y Social Bravo Murillo del Instituto de Estudios Canarios, que cedió su edición a Edicusa.

Este libro aporta una exposición coherente y razonada de los motivos del dis-

gusto del archipiélago por la forma en que se enfocó la Ley de Régimen Económico-Fiscal de Canarias, al soslayarse aspectos tan decisivos para la singularidad canaria como la necesidad de radicales reformas administrativas. Por otra parte, proporciona una información detallada y de enorme utilidad para los políticos y la opinión pública de las islas, para que sitúen en su justa perspectiva los efectivos problemas canarios.

El libro consta de tres partes. La primera es la más desigual, pues en ella se contienen los mayores aciertos y errores del libro. Por ejemplo, parece defectuoso e incompleto el planteamiento que el autor hace de los factores constituyentes del regionalismo canario. Bien es verdad que el análisis de la región canaria es sumamente complejo por su extrema singularidad. Piénsese, por poner ejemplos cercanos, que Sicilia, Córcega o Cerdeña son realidades regionales insulares muy distantes en su fenomenología a la que presentan las islas Canarias. El mismo autor reconoce implícitamente en el título las dificultades de análisis del fenómeno canario. Por contraste, la continuación de la primera parte —el estudio de las especialidades jurídicas fundamentales del archipiélago— es un modelo de exposición.

La segunda parte, dedicada al Régimen Especial Canario, tiene un gran valor informativo, aunque pudiera apreciarse cierta farragosa en el análisis jurídico del concepto de Régimen Especial como solución técnica.

En la tercera y última parte del libro se aborda el análisis crítico del Proyecto de Régimen Económico-Fiscal del archipiélago, en el que pone al descubierto las enormes lagunas y deficiencias del articulado de la Ley.

En resumen, un libro de gran interés y utilidad en el momento actual de las islas, donde ha tenido un gran éxito. Hasta el punto que me atrevo a asegurar que ha sido el libro político que sobre temas canarios más impacto ha tenido en la opinión pública de las islas desde el término de la guerra civil. ■ PEDRO FERNAUD.

Arte y sociedad en la historia de España

«Devolver a la imagen, al arte y a la cultura su perdido valor de uso es la tarea que corresponde tanto al historiador como al artista y al teórico», afirma Valeriano Bozal en la última página de su minuciosa (y, sin embargo, forzosamente, esquemática) «Historia del arte en España» (1). Frente a tanto historiador del arte que «hace de esta actividad una manifestación retórica de la belleza o de los problemas personales de los artistas, cuando no se limita a la mera erudición», Valeriano Bozal ha confeccionado un manual sistemático en el que las distintas manifestaciones estéticas no se nos muestran como simples resultados de especulaciones individuales en torno a una problemática intransferible, sino como consecuencias directas o indirectas de unas determinadas estructuras socio-políticas. No es habitual hallar este tipo de enfoque en la bibliografía española dedicada a temas estéticos de carácter histórico-general; tan sólo algunas monografías y estudios especializados se aproximan a los fenómenos del arte desde perspectivas más o menos análogas. Por ello, no sería aventurado asegurar que esta «Historia...» de Valeriano Bozal sólo es comparable —salvando distancias mucho menores de lo que puedan parecer a simple vista— a la magnífica «Historia social de la literatura y el arte», de Arnold Hauser.

No pretende decirse, sin embargo, que Valeriano Bozal haya intentado describir una evolución —en arte resulta un tanto absurdo hablar de «progreso»— a partir de un desarrollo de orden social. La autonomía —o si se prefiere: la infabilidad— del lenguaje artístico explica la relativa disociación existente entre el desenvolvimiento histórico y la evolución estética. «Los factores económico-sociales —ha señalado Adolfo Sánchez Vázquez en su ensayo «Las ideas estéticas de Marx»— no operan directamente so-

bre la supraestructura, sino moldeando el material ideológico, espiritual, existente». Y así, por ejemplo, sería excesivo atribuir al advenimiento de los Borbones la mesurada eclosión del «rococó» en España, sin tener en cuenta la preexistencia del barroco y el churriguerismo; los cambios económicos y políticos acaecidos durante el siglo XVIII se limitaron a moldear un material estético previamente dado.

En este sentido pretende Valeriano Bozal contribuir a la tarea de restituir al arte su «valor de uso». No confundamos, sin embargo, «valor utilitario» (en la vieja acepción que contrapone dicho concepto al de «inutilidad material») y «valor estético». Lo estético posee intrínsecamente un «valor de uso», no sólo en cuanto es el producto de un trabajo concreto, sino además en cuanto se manifiesta como objetivación de la potencia creadora —innovadora e irrepetible, a pesar de la presencia histórica de un artesanado devoto de la reiteración como sistema— del ser humano. Es decir: frente a su «valor de cambio» como mercancía, el arte constituye asimismo un medio transmisor de valores significativos; valores que pueden contribuir en gran medida al enriquecimiento y al autodesarrollo del hombre. ■ S. R. S.

«Fuentes de la constancia»

Poeta de trayectoria singular, Juan Gil-Albert publicó ya en 1934, en las ediciones «Héroe», de Manuel Altolaguirre, «Primera presencia». Pero es este año cuando la aparición de «Fuentes de la constancia» (1) nos permite encontrar un poeta no merecedor del injusto olvido a que —¿consciente?, ¿inconscientemente?— se ha visto obligado.

Exiliado en 1939 (antes había publicado «Candente horror», 1936; «Palabras a los muertos», 1939, y había sido secretario de la inolvidable «Hora de España»), da a la imprenta en Méjico

un libro importante para la poesía española contemporánea, «Las ilusiones, con los poemas del convaleciente» (1944). Incorporado a su Patria en 1947 y «en diálogo silencioso con ella, no con sus hombres», Juan Gil-Albert ha seguido fiel a un destino que ha hecho la grandeza de tantos poetas: la soledad. Como en Cernuda, con el que tiene innegables coincidencias, hay una ejemplar honradez en su ciclo poético y una violenta subversión acerca de la conducta de una sociedad alienadora. Y también, como en el poeta sevillano, la contradicción entre sentirse reo y criatura inmortal adquire una gran altura poética.

Como antología que pretende ofrecer una visión general de toda su obra, «Fuentes de la constancia» es un libro variado pero unitario en el desenvolvimiento de un quehacer poético que comprende casi treinta años de esfuerzo y superación. Y es una lástima que nuestro desconocimiento de su obra nos impida un análisis más completo.

Desmitificador, dentro de un tono desesperanzado y frío, en persecución de la cotidianeidad, de la «verdad práctica» en la precisión del lenguaje, sin ninguna concesión a lo fácil y ornamental, «Fuentes de la constancia» revela toda la gran personalidad poética de su autor, en plena madurez expresiva casi desde su iniciación (2).

El libro recoge poemas de doce entregas anteriores, algunas, es natural, muy cortamente representadas. Quizá la parte más lograda corresponda a «Los homenajes (La trama inextricable)», Valencia, 1968, en que los presumibles diálogos con los homenajeados (Unamuno, Cervantes, Franz Lehár, Chopin, etcétera) se convierten en inquietantes monólogos evocadores de un vivir contradictorio y fértil.

Recuperado hoy, esperamos que, definitivamente, el sentido de la poesía de Juan Gil-Albert no es otro que el de la lucha contra lo esta-

(2) Luis Cernuda calificó los sonetos de «Primera presencia» de «hermosísimos, con un deje de Góngora y Mallarmé».

(1) «Canarias, región polémica», de A. Carballo Cotanda. Cuadernos para el Diálogo. Prológico de Jerónimo Saavedra.

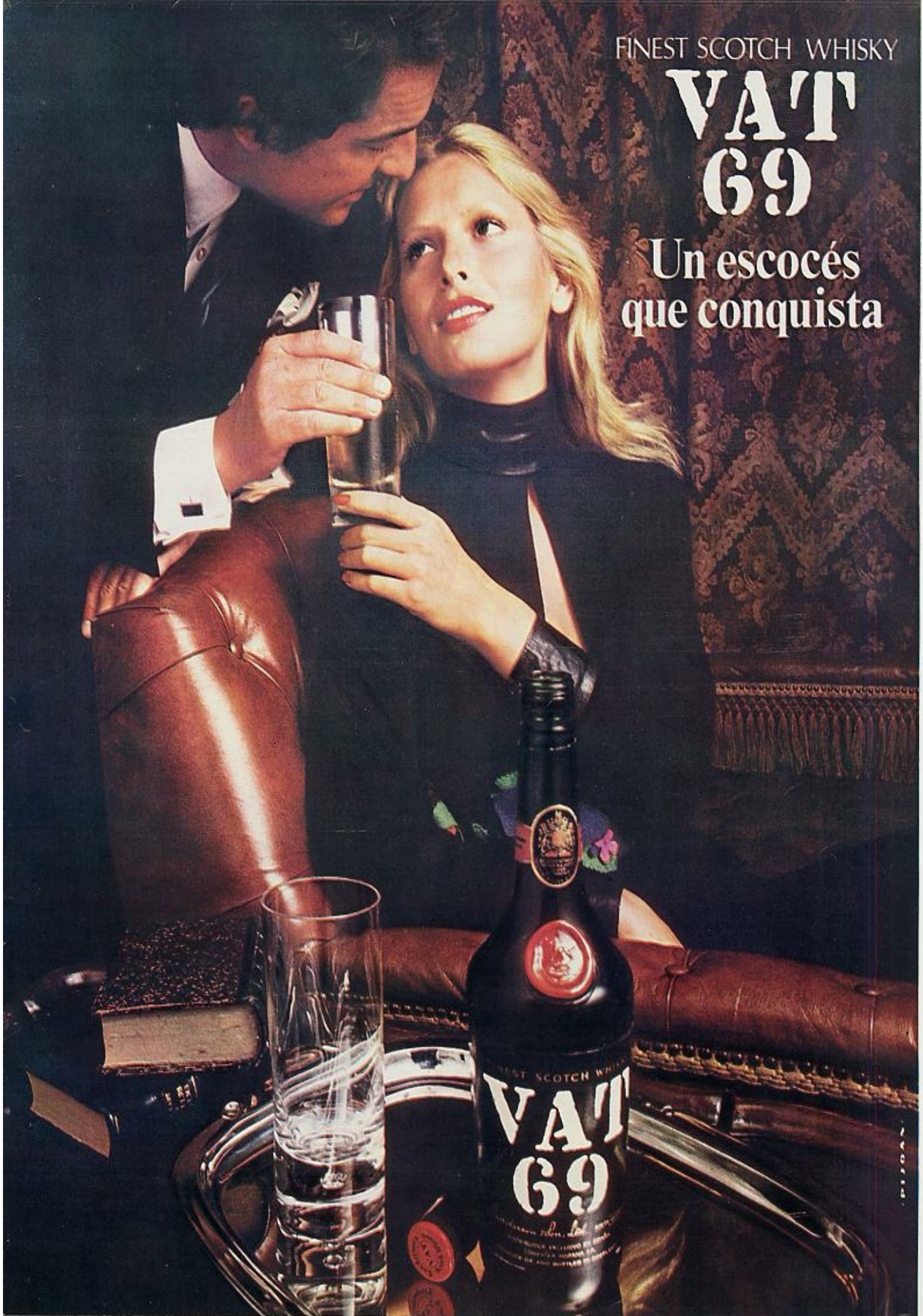
(1) Valeriano Bozal, «Historia del arte en España». Ediciones Istmo. Madrid, 1972.

(1) Fuentes de la constancia». Colección Ocnos. Llibres de Sinera. Barcelona, 1972.

FINEST SCOTCH WHISKY

VAT
69

Un escocés
que conquista



© 1993

**¿Qué es más simple?
¿Una máquina de sumar...
o una calculadora electrónica?
Una máquina de sumar
(excepto si se trata de
una calculadora electrónica Canon)**

La nueva calculadora electrónica Canola MP131L con impresión, lleva incorporado un dispositivo especial que permite una rápida impresión sin bloquear el calculador.

Además, la Canola MP131L dispone de una memoria de acumulación con indicación de las cifras registradas, memoria de factores constantes, tecla de cambio de signo para tratamiento de datos negativos, selección y redondeo en los decimales y tecla de no suma para cifras de referencias y fechas.

Además, el equilibrio entre precio y rendimiento es perfecto.

Canon

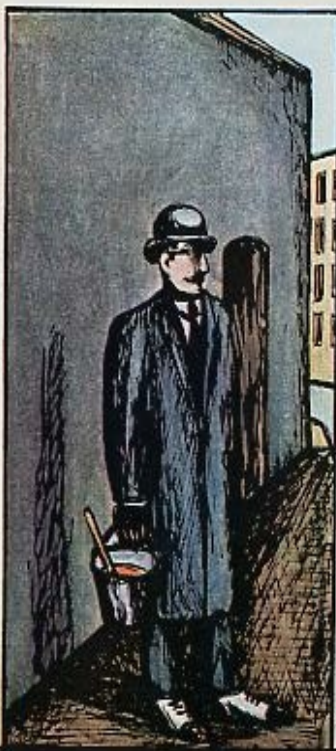
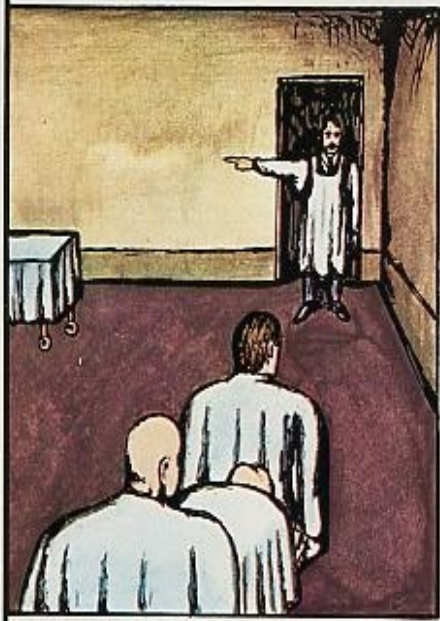
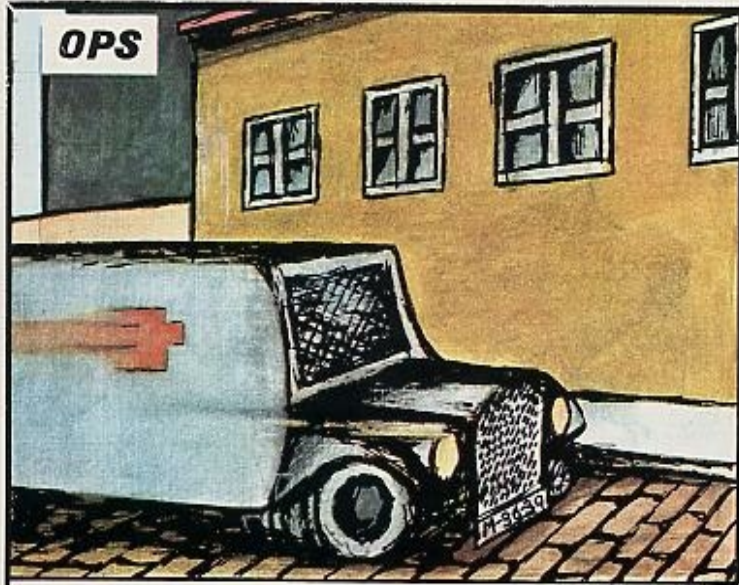
La gran marca internacional

GISPERT, s.a.

Automación de la gestión empresarial
Sistemas-Equipos-Servicio

Barcelona(1) Provenza 306 Td 253 84 07 / Madrid(1) Legasca 64 Td 225 93 80
53 Oficinas y Teléx en toda España.





El encendedor del Maharajá.

Cómo nació el primer encendedor S.T. Dupont.

Hace tiempo los valores eran diferentes. Las cosas pequeñas tenían a veces más importancia que las grandes.

En París, S.T. Dupont realizaba precisamente alguna de estas cosas pequeñas: preciosas valijas de viaje destinadas a los ricos de este mundo. Trabajadas a mano en los cueros de mejor clase, dejaban al descubierto cuando se las abría, pastilleros en oro, frascos de perfume en cristal tallado, y peines y cepillos en nácar.

Hasta que un día el Maharajá de Patiala quiso también una para él. Pero la quiso más grande, más costosa y más completa aún que todas las que S.T. Dupont había hecho nunca. Y entre la lista de cosas que debía contener su valija figuraba un objeto en el que nunca había pensado S.T. Dupont: un encendedor.

Los orfebres de S.T. Dupont se pusieron a trabajar y realizaron un encendedor digno de la valija del Maharajá.

Pronto, los encendedores de S.T. Dupont se convirtieron en privilegio de una élite y se hablaba de S.T. Dupont como se hacía de su sastre o joyero.

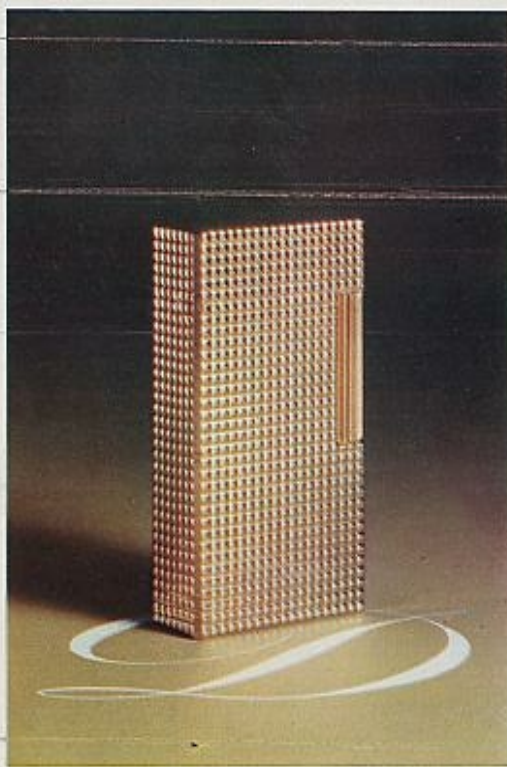
Más tarde los tiempos cambiaron y las valijas de viaje perdieron su importancia.

Pero el encendedor S.T. Dupont se siguió fabricando con el cuidado que sólo S.T. Dupont sabe consagrar a la realización de sus productos. Hasta el punto de ser necesarios por lo menos dos meses para llevar a cabo la fabricación de un solo encendedor. En oro de 18 quilates, revestidos en oro, plata o verdadera laca china. En modelos de mesa o de bolsillo.

Así, cada dueño de un encendedor S.T. Dupont comparte un secreto frecuentemente olvidado en nuestro mundo contemporáneo.

Hoy, estas cosas tienen aún más importancia.

S.T. Dupont
ORFÈVRES A PARIS



ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

blecido, contra lo usual, contra el conformismo en sus múltiples facetas y en la búsqueda de la propia identidad. Cansados de tanta poesía anodina, vieja en su lenguaje y concepción, los poemas de «Fuentes de la constancia» están vivos, jóvenes, latentes. Quizá es que un poeta sólo tiene la edad de sus versos y no la de su partida de nacimiento. Juan Gil-Albert, no obstante, nació en Alcoy (Alicante), en 1906. Y ahora que desde Barcelona nos llega esta antología, esperemos que nos lleguen también algunos de sus olvidados libros, aunque corran unos tiempos, como decía Cervantes, «en que, en general, la poesía anda tan desfavorecida». ■ JOSE ESTEBAN.

Umbral: «Memorias de un niño de derechas»

Cuando en una sociedad se producen cambios importantes, aparecen, tarde o temprano, las explicaciones. La imagen que un grupo tiene de sí mismo es, por esa razón tal vez una retrospectiva, una reflexión liberada de riesgos inmediatos. Por eso la historia tiene siempre algo de ajuste de cuentas, que es un término poco juicioso y alarmante, pero inevitable. Las «Historias de España» —¿no es ya sospechoso que pueda haber varias historias de un mismo sujeto?— son un buen ejemplo sobre lo dicho, y muy particularmente las contemporáneas, entre las que merece especial atención ese género en boga, menester de cronistas recién libertos, que conocemos por el nombre estratégico de literatura o perspectiva *camp*.

Hemos dicho menester de cronistas, y el dato se nos antoja revelador. No tenemos más que compararlo. En Italia o en Francia, la revisión de un pasado discutido originó una contundente reacción realista que era en sí misma un alegato frente a determinadas formas de irracionalidad y, en última instancia, un vehículo que permitía apoyar sólidamente la función crítica. Entre nosotros, en cambio, la crítica de un pasado demasiado próximo, y como tal, superviviente, ha tenido que resguardarse con la excusa

formal del tono menor. Un intento de recuperación narrativa —ya se ha visto— o un intento de formulación teórica no parecen siquiera imaginables y, lo que es peor, ni siquiera parece vislumbrarse para ellos una posibilidad futura. Si lo ha sido, en cambio, un ensayo como el *camp*, condicionado por graves limitaciones metodológicas, al que se ha otorgado cierta impunidad al precio y condición de disfrazar el ejercicio crítico de broma familiar y nostálgica, de recuerdo amable.

La posguerra española, tema reiterado del *camp*, fue en última instancia un ensayo de sublimación chauvinista del desastre contemporáneo de la nación, y los niños de la época guardan en su retina esa imagen, amada y mortificante a un tiempo, en la que de alguna forma pueden aún contemplarse. El carácter purgativo, expiatorio, que enturbia por eso la nostalgia *camp* de aquellos niños de derechas o de izquierdas, no es, pues, un elemento retórico, sino un impulso en cierto modo fisiológico. Es lo que Carlos Moya, no hace mucho, caracterizaba como necesaria «purga de demonios»: higiene de la memoria, literaria y apropiadora purga del recuerdo, expiación de lejanas y relativas culpas.

Para Francisco Umbral, cronista nato y experimentado, la tarea, lógicamente, no tendría mayores dificultades. No hay más que asomarse a la prosa igualada y brillante con que están escritas estas «Memorias» para comprobarlo. El cronista se inclina sobre su mundo infantil y va dando precisas pinceladas, toques en apariencia arbitrarios, pero que él sabe disponer en un conjunto organizado donde cobran su pleno sentido. Hay quien nos ha aclarado que las «Memorias» de Umbral son las de un niño de derechas escritas desde la otra banda por un adulto converso; la aclaración parece superflua, no sólo porque la lectura del libro es, en este sentido, inequívoca, sino porque trata de situar la definición en un movido terreno sentimental en el que, en fin de cuentas, el adjetivo carece de mayor importancia. Lo de *derechas*, usado astutamente por Umbral en un título equívocamente agresivo, es más un comodín que un dato ideológico. Y ello, sin contar con que,

probablemente, a Umbral le trae bastante al fresco esto de las nociones. Hace poco reconocía con humor su declarada preferencia de «lo concreto frente a lo general, de la materia de la vida frente a la broma del idealismo...».

Las «Memorias» de Umbral recogen la vida madrileña —con alguna que otra incursión a la provincia— desde los días azarosos de la guerra hasta muy entrada la etapa actual. Sus cuadros van sorprendiendo la vida diaria con una fidelidad distante y un punto cínico que garantiza la pretendida neutralidad de los recuerdos. Pero no es sólo un libro de recuerdos lo que ha escrito Umbral, sino un ensayo de crítica diferida, un solapado diagnóstico del presente, que recuerda muchas veces el estilo arbitrario e incisivo, el periodismo puro sangre de un González Ruano e incluso de un Ramón Gómez de la Serna, en lo que tiene de oficio y arte independiente, aparentemente despreocupado y superficial, pero muy agarrado, en el fondo, a hondas preocupaciones. Debajo de la amable evocación o de la broma áspere se agazapa en la prosa de Umbral un secreto sentido crítico más de una vez resuelto en un tono que trasluce su disimulada intención moral. Ese es uno de los valores ocultos en estas «Memorias», aunque no resulte fácil descubrirlo bajo la apariencia festiva. Niño de derechas converso y equívoco, Umbral recupera valerosamente y purga con estupendo desenfado el peso de su memoria juvenil. Y lo hace, por cierto, con un vigor expresivo que confirma su ya indudable talento como prosista independiente, como escritor poco común. ■ J. A. G. M.

Neira Vilas, en Galicia

Desde hace unos días está en Galicia, «mergullado» (sumergido) en su tierra, en su fronda, en sus vientos y en sus voces, el narrador José Neira Vilas. Llevaba veintitrés años fuera: de 1949 a 1961, en La Argentina, y de 1961 a hoy, en Cuba. Ahora vuelve al país natal en una peregrinación de sólo treinta días, dispuesto a percibir su actual lado.

En un escritor como Neira Vilas —un escritor que, pese al largo destierro lingüístico, ha mantenido en su espíritu y en su obra uno de los gallegos más ricos, jugosos y auténticos de nuestra historia literaria—, este encuentro con las gentes y su lengua tendrá que ser una experiencia deslumbrante y no exenta de mística. Para Neira Vilas, en los últimos doce años el gallego se ha reducido a la lectura de unas docenas de libros, unas cuantas cartas al mes y algunos parrafeos con su mujer, la escritora y pedagoga cubana Anisia Miranda. Gracias a la gallegofonía de Anisia, Neira no ha perdido contacto totalmente con la dimensión oral de la lengua gallega. Sépase que Anisia es algo más que el contrapunto estimulante de su

Pero, ¿quién es el escritor Neira Vilas?

UN AUTOR Y UN LIBRO

Los dos narradores gallegos más leídos de hoy son Alvaro Cunqueiro y José Neira Vilas. De los dos, el que provoca más adhesiones ético-estéticas es Neira Vilas. Nació este gran contador de historias en 1928, en una aldea pontevedresa, hizo —con pocas facilidades— estudios medios y emigró a Buenos Aires en 1949. Lleva veintitrés años en la diáspora, y desde ella ha escrito algunas de las narraciones más entrañables de nuestro idioma.

En muchas de sus historias aparecen el campo y su infancia, todo ello evocado a diez mil kilómetros de distancia y desde una lejanía



José Neira Vilas con su esposa, Anisia.

compañero: es también autora de hermosos cuentos infantiles en gallego, incorporados a nuestra narrativa en el momento en que lo hacía María Victoria Moreno, otra gran sensibilidad extragallega.

En estos días, Anisia Miranda y Neira Vilas están en tierras de Lalín, en la aldea de Gres, ambos ante la maravilla de una comunidad en la cual el idioma gallego es vida real y no recuerdo libresco. Sabido es que Juan Ramón Jiménez añoraba día y noche, allá en su destierro de Puerto Rico, el acento y la matizada figura que las palabras castellanas tenían en tierras de España. ¿Os imagináis las desazones de un Neira Vilas? En estos instantes, nuestro escritor asiste a la extraordinaria aventura de registrar los sonos, los guiños, las sordinas y los dramáticos mensajes que las palabras ostentan cuando son observadas en su escenario vital.

biográfica de dos o tres décadas. Autor de ocho volúmenes en prosa y de dos en verso, su libro más solicitado, más querido por el lector, es el primero, «Memorias dun neno labrego», impreso en 1961. Tal libro pasó entonces sin pena ni gloria. Provocó unos cuantos comentarios de oficio y poco más. Como, por otra parte, el libro fue editado en la Argentina, el lector gallego no tuvo muy fácil acceso a él. Cuando siete años después lo reimprime Edición do Castro, muy pocos sospechaban el éxito que esperaba al libro. Desde mayo de 1968 a hoy han aparecido cuatro ediciones, cifra jamás alcanzada en tan poco tiempo por un relato extenso escrito en lengua gallega.

UN NIÑO CAMPESINO CON CONCIENCIA DE CLASE

Balbino, un niño aldeano, decide, en cierto momento